

EL TABIQUE

GHERSON CHACON

Hasta lo que ahora consigo recordar ha sido una fatalidad grotesca frente de otro que posiblemente afirma algo igual: entre ambos se interpone un largo tabique y situados así, —uno de cada lado— la existencia se reduce a una cuestión desesperante de posiciones. —¿Estoy del lado opuesto o por el contrario lo está él? — De cualquier modo, la postura es irrazonable, pero entre nosotros poco deja de ser confuso y así la única legitimidad de la suerte consiste en la rutinaria duda, ignorar y en no encontrar salida.

De alguna manera dependemos uno del otro: como dos siameses imantados, sin vernos nunca a causa de la altura del tabique. Sí sabemos sin embargo que somos atados por un ritual de movimientos: yendo, viniendo los extremos distanciados longitudinalmente, cada paso a la par del contrario.

Detallar más esta situación se hace difícil e inútil, la hermandad obligada nos impone el sentimiento de ser careceleros vecinos; forzados a tal coincidencia la desdicha recíproca procrea el espionaje oscuro que salva el obstáculo para con rabiosa intimidad intuirnos con máscaras fascinadas en medio de cada límite de sombra.

Nunca he sabido qué causas arreglaron mi destino. — Si las conocí yacen olvidadas—. Hay algo ávido por perdurar, pero a cada momento queda sin objeto, sin jamás concluir la memoria con la respuesta precisa. Fueron —supongo— entramadas circunstancias cuyos caminos de laberinto atrajeron aquí; pasaría muchas puertas inútiles, corredores interminables; quizás no procedo de ningún sitio. Lo agobiante no es mi localización, lo desesperante es la dependencia idiota que me mantiene atado a la parte opuesta, al silencio y a las pisadas de ese desconocido, de esa obsesiva trascendencia contra la que soy impotente para ignorar, para reducirlo a imágenes, a una impostura —no lo logro— aún cuando a veces, las prolongadas ausencias intensifiquen la impostura deseada, reaparecen sus jadeos su lenta manera de dar los pasos.

Lo contrario sucede si la soledad llena las horas y su presencia es incierta: entonces el pánico lo hace necesario y a toda voz lo llamo mientras espero enloquecer sobre la amplia neutralidad de una sola cara del tabique.

Hasta el momento una vida enferma ha sido el total ya descrito. Un día decidí tranzar, cedo a contrariar la suerte vuelta ahogo, atadura reseca y me dispongo a llamarlo a hablarle; mucho rato tardo ocupado en formular las palabras encargadas de amortiguar la drástica situación: era —le diría— la oportunidad de atenuar la valla, entendernos para lograr un unísono llevadero entre el absurdo donde ocupábamos lugares contrarios. Con insistentes toques golpeo el tabique: los rumores acostumbrados cesaron, del otro lado una densa expectativa se produjo entorpe-

ciéndome la lengua desacostumbrada a hablar. — Oye... oye, atiende apenas un corto instante, seamos más que ese impreciso grabado de sombras, sí... Un vacío ahuecó las demás palabras, la ansiedad y el esfuerzo me impedían respirar — aguardo — pero él tenía el alma y los cordones vocales amarrados con el mismo nudo, no hubo contestación alguna; en el vacío que se agudiza escuchó sus pisadas indiferentes, reacciono con humillante ira, pateo la endeble pared, mi humildad despreciada sabía a acre, a maldición.

Desde un tiempo acá inusitadas agitaciones crecen del lado suyo, aunque desorientaron por lo confusas, pronto reconozco el aspirado acento de ahogos y quejas, y tose como si se rasgara: no hay duda, algo lo afecta, sufre con intensidad. Una mala alegría me gorgotea, (reiría si supiera). — Conque te manifiestas al fin; anda, chilla. El contiene las roncas quejas, gime forzado, muy quedo. Una convulsión inesperada produce el molesto parecido a piedad: agacho el rostro, la humedad salada que roza mis labios provoca el escupitajo contra la separación.

Desconozco donde cedo para esta fraternal ternura: quiero acercármele y enterarlo, convencerle que este odio pesado sin efecto ya, no impide un nuevo acercamiento — que es su derecho dejar de hablar si quiere — le digo todo con áspera piedad, con rara pronunciación pues el constante callar recubre de cecina la guarida bucal. Un aire cargado enrareció los días venideros; los dejaba pasar, inmóvil, acuelillado, las costillas acomodadas contra el telón mientras sigo la transparente carrera de mis pensamientos haciendo ágiles vacíos en incoloras nada.

Unos tímidos toques cruzaron la división, abrían una primera ruptura; ansiosamente espero, entonces algún significado.

— Habla, ¿qué deseas decir? Lo apremio con suavidad, él intenta modular alguna frase, algo gutural e indecifrible resulta del intento, — sólo algo — que, como hilado sanguinolento batía apretando a mis tímpanos, cáscaras y escamas vivas. Seguro, supuse, el persistente silencio le llagó la voz. El siamés insiste, la jeringoza termina en un hilillo agudo e insoportable. Considero necesario intervenir.

— Atiende, grito, no te mortifiques de ese modo, tengo otra solución, vamos a despedazar el tabique: (intermedia una pausa. El parece consentir) haré presión sobre este lado aventándole encima mi peso, por tu parte haz igual, empuja hasta hacerlo ceder. Gimotea un "sí" y lo supongo dispuesto.

El caso era saltar la condenada medianía. — Al menos intentarlo — siendo delgada la cinta del tabique sería, seguro, inconsistente. — ¡Ya, vamos! insto y propino un feroz empellón; retrocedo varios pasos reuno impulso y me mando... Repito la operación estimulado porque el telón tiembla, cuando sin esperarlo surge clara y colérica la voz del siamés. ¿Por qué me dejas empujar a mí solo? El pacto fue mutuo, cumple tu propuesta.

Tal estupefacción me comunican sus reproches que a duras penas les doy crédito. — No cumplo que... ¿Acaso qué imagina que hago? El otro reitera las acusaciones, emplea un tono escandaloso, mujeril — hijo de puta, el convenio no fue que me burlaras.

Perplejo, incómodo le replico: — Aquí en mala hora llegué sin madre, además usted es un loco o quién sabe qué. ...Principió fingiendo la voz estrangulada y ahora...

Dejé la discusión sin añadir más, el siamés rugía y chillaba. Deduje — como lo más acertado — conservar la integridad del tabique, sin duda de cadena tenía la vecindad de un loco y ninguna seguridad era bastante.

Lo acontecido me dejó extrañas dudas, ninguna lógica servía si la aplicaba al caso. Así mismo, a partir del hecho, mi existencia antes condenada y monótona cambió por la desagradable intranquilidad cuyo causante es el otro: desde el incidente, su ocupación no parece ser sino insultarme por trivialidades. Un destemplado clima convertía la ya dañada suerte en una imagen de perpetua fatiga.

Después, hubo la tregua silenciosa durante la cual quedé tranquilo, hasta que un día sonaron los conocidos toques. — Claro, los ignoré — persistían y se agudizaban tanto que al cabo los atendí:

— ¡Qué demonios deseas?!, ¡porque no me dejas tranquilo!

El siamés conciliador, con cascado falsete dice — tranquilízate, no me anima ninguna mala fe, nada dañino.

— Bien, pero ¿qué quieres?

— Hablar — responde — oírte y saber si... oír y contestarte sin más... Depongo el tono hostil quizás portándome hábil logre dilucidar nuestra condena incógnita: — ¿Es que todo esto posee solución?

— Por supuesto.

Voy y vengo a lo largo y estrecho frente al panel gris.

— ¡Diga, hay salida, existen puertas! o estamos sin escapatoria en plena desgracia.

— Destino... Desgracia... Encerrona... — ironiza — ¡Qué me importa huir de tales cosas!

Me exaspero: puesto en un punto máximo de angustia de desamparo me rindo ante el demente, el nefasto imán y sin embargo la única compañía, la voz que me ha librado de desaparecer tragado por el silencio del confinamiento.

Irrumpió a hablar, le pido, aprisa con la emoción de alguien que se desahoga — por qué no acabamos con este juego de perros acosados. Ya que no queda sino la resignación, al menos decidámonos a padecerla fraternalmente, en paz, sin el espanto ni el esfuerzo de rozar simulacros

y fantoches metidos a nuestra continua tiniebla. Le sugería suplicante la necesidad de trazar de menguar los insólitos ocultos. Le razoné lo torpe de la postura que la insensatez mutua forzaba a mantener.

Calló. — Nada asiente ni objeta —. Añado, — después de todo un idéntico destino hermana la atracción y la repelencia de los imanes — opuestos — al cortarnos el tabique. No existe un medio de romper — paz: entonces será como lo único lícito para dos condenados.

Tajante él me desmiente:

— has errado; estamos lejos del infinito y ningún sitio se cierra con puertas eternamente perdidas.

Calla. — Prosigue — mando.

— Lo de la puerta perdida es sólo un estúpido ejemplo: no hay infinito, la eternidad es pura porquería, — deduce que todo tiene salida —. Su ridícula ambigüedad me puso en guardia; el conocido ahogo que traba la garganta del otro, devuelve la lástima inevitable, más, aumenta al oírlo concluir — dispensa, vuelve la mordaza.

— Entiendo, murmuro, confundido ante algo carnoso flotante en el diálogo, una cosa pasiva, blanda, colma de sugerencias la tediosa atmósfera del ámbito doble.

Un amplio período de ininterrumpida monotonía fue roto por el ocupante del reverso sin mediar preliminares:

— Saldrás.

— Qué... ¿Cómo?

— Como sea, es simple, te vas.

Poseía la facultad de aturdirme, no obstante seguí el juego.

— ¿Si me voy qué hará Ud.? o viene conmigo...

— Por la puerta apenas cabe uno: te toca salir.

Lo vi, neutro, agobiado. Desconfío y lo sondeo.

— Dígame dónde obtuve el privilegio a ese derecho...

— Calla ya estúpido, te largas o te pudres.

— Son mis alternativas: acepto, me voy.

Camina adelante. Lo sigo. A duras penas distingo su silueta que avanza por un sitio largo, estrecho y muy oscuro; un camino desafirmado que se estira como el zumbido. Esquiva la charla, cada vez que hablo, él replica con monosílabos. Desisto y seguimos. Distante, más allá, un cortinaje solar cubre la abertura cuadrada: — la salida, indica el siamés, anda.

— ¿Y usted?

— Yo regreso.

— No, no lo haga, venga, vamos juntos.

Vencido, como borrado, se niega — después del tabique finaliza el espacio. Allá vuelvo. Dice, y señala el fondo.

— ¿Pero por qué? ¿Qué lo atrae hacia el otro extremo?

— ¡Calle! mire, ves ese recorte de luz ¡espléndida verdad! el mundo iluminado así, lo espera.

Impulsivamente tomo su mano pero él la retira; apesadumbrado digo de manera última:

— Adios hermano.

— Nada suyo soy. Corta con voz definida.

Siento miedo, me sobrepongo y adelanto; un poco antes de alcanzar el final volteo: a contraluz diviso la figura yendo al fondo. Un instante después no veo sino oscuridad. Vuelvo y sigo: enfrente, a unos pasos está la puerta, la gano, — en el preciso instante suena un estallido ensordecedor — coincide con la anchura que miro por primera vez: el mundo amplio surge maravillosamente desmedido, cubierto de formas desconocidas; absorto y atónito mis ojos beben el paisaje; corro embriagado de viento, río a carcajadas; me revuelco acariciando puñados de tierra humedecida. — El tabique se pierde en lo lejano de mi memoria.

Desde entonces me integré al aprendizaje cotidiano de las realidades. (Por supuesto, debí comenzar aprendiéndolo todo) no fue muy difícil, pronto eficazmente trepo la escala: del ínfimo empleo que me dieron paso a un cargo prominente. Si, la vida de progresos acondicionada para lo importante y lo común: tomar aperitivos, conducir un automóvil, sentirme solemne recibiendo congratulaciones cuanto contraje matrimonio. — Ciertamente, me consigo dentro del orden pero hay una cosa imperfecta que no encaja, se trata del estallido que coincidió al aparecer el mundo; no desaparece: por el contrario se mantuvo: se sostiene a la conciencia e insistentemente me presionan las ondas abstractas de aquel inidentificado ruido.

La obsesión es una brecha que oculta, mina mi existencia y el caso es, que sin reposo intento calcar el sonido tan tenazmente sujeto a islotes perturbados y como una marea en la memoria.

En el intento de satisfacer la perturbación he provocado inverosímiles efectos sonoros. Frotos entre objetos incongruentes, fantasías imposibles, intuiciones de un lenguaje más allá de lo físico. Al punto que armo y desarmo el universo por cuanta vibración encierra. Antes, atrás del lenguaje, las pronunciaciones indescriptibles forman parte torturada de mis hondos, agitados por rondas ondulantes de ecos espectrales.

Naturalmente intenté mantener secreta la viciosa ansiedad; más mi mujer, termina enterándose, sin acceder a ser cómplice, de lo que para ella, no era sino una intolerable neurosis, que tensa nuestra intimidad y es el tema acre de cada conversación:

— Necesitas la ayuda de un especialista, anda adonde alguno y trátale tu caso.

— No, cualquiera sería incapaz. Cómo decirle a los especialistas que hay locuras que no lo son.

— No comprendo. Razona y prosigue. Ya argumentas como un insano, tu manía crece y pronto... — Limita las frases siempre así, quizá sea por lástima — ...No me importa lo mínimo, ella y el resto se anulan ante el sentido que es mi esencia vital — reconstruir el sonido —.

El morbo roe y refina mi conciencia. Aquel mundo espléndido que encontré lentamente experimenta deterioros. El descontento hace penetrante mis sentidos. Rompo el trazado y desecho el convencional espejismo. resulta una cloaca, un carnavalesco montaje de farsas — Ahí metido me ahogo —. Entre el múltiple parloteo protesto y reclamo: bajan las voces hasta un policial y religioso murmullo. — Claro me apartan a manotazos — Centenares de fiscales me acusan, (sordos a las más válidas refutaciones juzgadas inconvenientes). Soy despedido. Mi nombre es agregado a las listas donde tienen a los sospechosos, y confiscado el anonimato de mis actos; a tal altura mi mujer demanda el divorcio; colma la calamidad al declarar durante el juicio "su oculta e insistente perversión por los ruidos". Asocia mi estado con la peor suerte volviendo el Orden Establecido una manera normal de propinarme golpes.

Sacudido, acosado, huí de una multitud "que por principio de su seguridad" me buscaban. Lo hacían convencidos de perseguir un anarquista cuya sórdida ocupación era probar bombas.

Las cosas sucedían mientras, clandestino, hallaba inseguros los más furtivos agujeros.

El cerco empequeñecía, alrededor, a cada minuto contaba con menos recursos. Amargamente, — al examinar la situación — me doy cuenta de estar en el puesto de perdedor. Habría sido cosa de rehuir el juego; la apuesta era falsa y de antemano la tenía perdida (perdí sí, pero me atreví al juego). Ahora trampeado, donde no me quieren, quedaba una alternativa, regresar al tabique. Dejar esos laberintos de ajedrez, pues ya no disponía de ninguna movida.

Regreso y las cercanías están grises: advierto marcas y señales mustias en torno de la única infelicidad que pude soportar.

Una apretada desazón pesa alrededor, produce el hondo sentido incompleto de toda emoción al volver de nuevo a las achacosas vecindades del tabique.

Varios días ando errante, al cabo hallo una menguada lámina mesida, de un lugar a otro por el viento, ansioso de abatir la miserable doble cara descolorida que cruje y gime como una vieja. Reconozco las migajas del otrora enhiesto panel; lo contemplo con pena y curiosidad: veo que el largo hendido de su base está podrido y medio desenterrado; entonces agarro el tabique; al ser este inclinado, — lo soporto atrayéndolo hacia mis pies, lo doblo: un movedizo crujido y se parte definitivamente. Lo suelto, cae y cubre una extensión similar a la de su tamaño.

Pronunciados hedores provienen de una casi escondida puerta enclavada opuestamente del lado que me correspondió junto al tabique. La puerta habría seguido ignorada si la fetidez no me la descubre; singularmente los ramajes secos que la cubren ofrecen la impresión de hundirla, ayudado tal efecto por la arena escoriada del lugar. Me aproximo: cerca hay una resistencia nauseabunda que incrusta su repelencia a mi olfato con rancia languidez, con dulzona despaciocidad. Me echo para atrás a vomitar, pero sin despegarme de la emanación que atrae (¿?) tira de mí, obliga a ir hasta la puerta. (Sucede un caso de esos donde interviene la malignidad y sin mediación posible una fuerza nos condena a sus deseos). Creer así, no evitaba verme avanzando, cubierta la nariz contra las embestidas del aire que sopla la carroña: su peso sobre mi cara la hace virar con impulso toda la cabeza.

Nada puedo hacer para seguir no obstante aún me resisto: retardo a lo imposible el paso, el hedor más infestado a cada centímetro me produce convulsiones — que también retardan — sin detener el avance.

Distan tres pasos: uno, dos, al tercero la puerta se abre, un abrazo de atmósfera descompuesta me recibe en el umbral de un salón oscuro aclarado por la luz creciente que llena las dimensiones reducidas, las paredes desconchadas. El suelo desnudo.

— Vacío. Digo. — No es así — Extendido sobre el tramo, antes del cual forma ángulo la pared, hay ahí un espejo resquebrajado pero que todavía mantiene unificado y sostenido el cuadrado cristal; sin estar de frente sino de costado, — casi pegado a un lado de pared — veo resaltar el perfil de una imagen, abultada encima del agrietado vidrio. — ¡Imposible! exclamo, aunque obstinadamente persiste el efecto. Me sitúo delante, convencido que de tal manera desaparecerá lo que no es otra cosa sino convinados luminosos complementados en mi retina por la imaginación.

Frente al espejo y contrariamente a mis supuestos, el reflejo, más nítido prosigue llenando la rasgada lisura con la misma, aumentada silueta. Casi rozo el cuadro del espejo, lo escruto con avidez buscando la causa que simula la proyección. Fija, segura, coherente, el espejo insiste en ofrecer la figura: no existe ninguna clase de subterfugios determino con fría sorpresa. Instalo toda la atención en la imagen: la caótica combinación de grietas que raya el platinado, menguan escasamente el grosor

que inflama las proporciones reflejadas ahí. — Si deduzco, esa ampliación tumefacta es la hinchazón que preludia el reventar de un cadáver.

El reflejo que solidificó su luz asquerosa sobre el espejo rasgado muestra el rostro cuya expresión me parece familiar: uno a uno reuno los rasgos abstrayéndolos de las deformaciones del vidrio que alteran el semblante — en un momento dado descubro la identidad — el choque de tal cosa deja de aplastarme para dejarme retorcido bajo su crispadura: afiebrado, atónito, mis venas se encogen cargadas de coágulos, fuertes borbotones de llanto desde lo hondo de las cavidades desbarranean mis ojos.

De reojo vuelvo a escrutar la imagen medio oculta entre las grietas, delante veo el rostro inflamado que aún conserva sus particularidades, entonces con fácil rapidez de nuevo agrupo los rasgos ¡estos corresponden a los míos, a los de mi cara!